

Stanislaw Lem

Diarios de las estrellas



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Dzienniki Gwiazdowe*
Traducción de Jadwiga Mauricio

Primera edición: 2005
Segunda edición: 2013
Cuarta reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Tomasz Lem
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-1084-9
Depósito legal: M. 38.858-2012
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción
- 12 Introducción a la edición ampliada

Viajes de Ijon Tichy

- 17 Viaje séptimo
- 42 Viaje octavo
- 70 Viaje undécimo
- 120 Viaje duodécimo
- 134 Viaje decimotercero
- 162 Viaje decimocuarto
- 196 Viaje decimoctavo
- 214 Viaje vigésimo
- 273 Viaje vigésimo primero
- 351 Viaje vigésimo segundo
- 371 Viaje vigésimo tercero
- 380 Viaje vigésimo cuarto
- 399 Viaje vigésimo quinto
- 422 Viaje vigésimo octavo

Memorias de Ijon Tichy

- 455 Uno
- 476 Dos

494	Tres
508	Cuatro
524	5. Tragedia lavadoriana
551	6. El sanatorio del doctor Vliperdus
565	7. El doctor Diágoras
598	Salvemos el Cosmos

Introducción

La presente edición de los escritos de Ijon Tichy, aun sin ser completa ni crítica, constituye un paso adelante, comparada con las anteriores. Se logró ampliarla añadiéndole los textos de dos viajes hasta ahora desconocidos, el octavo y el vigésimo octavo*. Este último ofrece detalles nuevos, referentes a la biografía de Tichy y la de su familia, interesantes no sólo para los historiadores, sino también para los físicos, ya que confirman la idea, intuida por mí desde hace mucho tiempo, de la dependencia del grado de parentesco familiar con respecto a la velocidad**.

En cuanto al viaje octavo, un grupo de tichólogos-psicoanalistas verificó –inmediatamente antes de entregar

* E. M. Sianko, *Forro del cajón izquierdo del escritorio de I. Tichy con el manuscrito de sus trabajos no publicados*, tomo XVI de la serie Tichiana, pp. 1.193 y siguientes.

** O. J. Burberrys, *Kinship as velocity function in family travels*, tomo XVII de la serie Tichiana, pp. 232 y siguientes.

esta edición a la imprenta— todos los hechos que ocurrieron en los sueños de I. Tichy*. El lector interesado encontrará en un trabajo del doctor Hopfstosser la bibliografía al propósito, que pone de manifiesto las influencias de los sueños de otros personajes tales como Isaac Newton y los Borgia sobre los de Tichy, y viceversa.

En cambio, el tomo que presentamos no incluye el viaje veintiséis, que se debe considerar definitivamente como apócrifo. Lo demostró el grupo de colaboradores científicos de nuestro instituto, con la ayuda de un análisis electrónico comparativo de los textos**. Tal vez venga al caso añadir aquí que yo personalmente llevaba tiempo juzgando el llamado «Viaje veintiséis» como apócrifo, a causa de unas inexactitudes del texto, las que conciernen a los Odolos (y no *Odoles* como erróneamente figuran), entre otras, a la Meopsera, Mucocos y el género de los Lentazos (*Phlegmus invariabilis hopfstosseri*).

La primera parte de esta edición presenta los viajes según la numeración original del autor; la segunda, escritos circunstanciales y varios, así como los recuerdos de aquél.

Hace algún tiempo, aparecieron unas voces que ponían en duda la paternidad de Tichy sobre su obra. Una parte de la prensa sostenía que éste fue ayudado por alguien; la otra, más extremista, llegó a afirmar que Ijon Tichy nunca existió y que su obra había sido creada por

* Dr. S. Hopfstosser, *Das epistemologisch Unbestrittbar in einem Traume von Ijon Tichy*, ed. esp. de la serie Tichiana, tomo VI, pp. 67 y siguientes.

** Dr. S. Hopfstosser, *Das epistemologisch Unbestrittbar in einem Traume von Ijon Tichy*, ed. esp. de la serie Tichiana, tomo VI, pp. 67 y siguientes.

un dispositivo llamado «Lem». Hubo, incluso, quien quiso convencer al público de que «Lem» era un hombre. Sin embargo, cualquier persona enterada, aun superficialmente, de la historia cosmonáutica sabe que LEM es la sigla del nombre Lunar Excursion Module, o sea, de un módulo de exploración lunar construido en Estados Unidos dentro del programa del «Proyecto Apolo» (el primer alunizaje). Ijon Tichy no necesita defensa, ni como autor ni como viajero. A pesar de ello, deseo, aprovechando la ocasión, demostrar la aberración de aquellos rumores. De uno de ellos en particular: es cierto que LEM estaba provisto de un pequeño cerebro (electrónico), pero éste servía únicamente para los fines de la navegación, muy específicos, y no hubiera podido escribir ni una sola frase sensata. No se sabe nada de ningún otro LEM. No lo mencionan ni los catálogos de grandes máquinas electrónicas (véase, por ejemplo, *Nortronics*, Nueva York, 1966-1969), ni la *Gran Enciclopedia Cósmica* (Londres, 1979). Ya es hora, pues, de que dichas opiniones, molestas por su falta de seriedad, dejen de perturbar la actividad de los tichólogos, que tantos esfuerzos han de dedicar todavía a la preparación, emprendida hace años, de *Opera Omnia* de I. Tichy.

Profesor A. S. TARANTOGA

Cátedra de Astrozoología Comparativa de la Universidad de Fomalhaut por el Comité de Redacción de la Edición de Obras Completas de Ijon Tichy y por el Consejo Científico del Instituto Tichológico, juntamente con la redacción de la revista trimestral *Tichiana*

Introducción a la edición ampliada

Con alegría y emoción, entregamos al lector la nueva edición de los escritos de Ijon Tichy, ya que trae, además de los textos de tres viajes hasta ahora desconocidos (el dieciocho, el veinte y el veintiuno), la aclaración de ciertos enigmas sumamente difíciles de interpretar incluso para los más celebres y reconocidos expertos en tichología.

En cuanto a los dibujos originales, el autor se negó durante mucho tiempo a entregárnoslos, arguyendo que esbozaba los ejemplares estelares y planetarios a modo de garabatos o para su colección privada únicamente, y que no poseían valor artístico ni documental alguno, ya que siempre los hacía con prisas. Pero, aun cuando fueran unos pegotes sin ningún valor estético (no todos los críticos opinan así), su carácter auxiliar para la lectura de los textos, difíciles y oscuros en algunos pasajes, es innegable.

En segundo lugar, los nuevos textos de viajes aportan un gran apaciguamiento al intelecto, deseoso de una res-

puesta definitiva a la más antigua de las preguntas que el ser humano hace al mundo y a sí mismo, puesto que nos informan de quién y por qué hizo el Cosmos tal como está, de las ciencias naturales y la historia universal, de la razón, el ser y otras cosas no menos importantes. ¿No es una grata sorpresa la noticia de que nuestro insigne Autor tomó parte en esos trabajos creativos, que su colaboración fue relevante y, en ciertos casos, definitiva? Sabiéndolo, se comprende mejor la modestia con la cual defendía el cajón que contenía sus manuscritos, así como la satisfacción de los que pudieron vencer finalmente la resistencia de Tichy. Gracias también a la presente edición, se aclaran los motivos que ocasionaron lagunas en la numeración de los viajes estelares. Habiéndola estudiado, el lector comprenderá por qué no hubo nunca una Primera Expedición de I. Tichy y, más todavía, por qué no pudo haberla. Si lee con la debida atención, verá que el viaje que lleva el número veintiuno es al mismo tiempo el decimonoveno. Por otra parte, el Autor mismo dificulta este entendimiento, ya que suprimió unas decenas de líneas finales del documento. ¿Por qué lo hizo? Intervinieron en esto otra vez las razones de su modestia inquebrantable. No puedo romper el sello del silencio puesto sobre mi boca, pero se me ha dado permiso de levantar, por lo menos un poquito, el telón del secreto. I. Tichy, al ver el resultado de sus proyectos de corrección de la prehistoria y la historia, hizo algo, mientras ocupaba el cargo de director del Instituto Temporal, que impidió el descubrimiento de la Teoría de Vehículos y Transporte en el tiempo. Dado que, por una orden suya, dicho descubrimiento fue ocultado, desaparecieron el pro-

grama de Corrección Telecrónica de la Historia, el Instituto Temporal y, desgraciadamente, el mismo I. Tichy, su director. El dolor de esta pérdida sólo se mitiga un poco si pensamos que, gracias a ella, ya no tenemos que temer sorpresas desagradables, por lo menos por parte del pasado e, igualmente, por el sorprendente hecho de que Tichy, muerto en circunstancias trágicas, continúa viviendo, a pesar de no haber resucitado (ni mucho menos). Admitiendo que este detalle puede parecer extraño, indicamos al lector las fuentes adecuadas que se lo podrán aclarar, o sea, el «Viaje veinte» y el «Viaje veintiuno».

Al terminar, quiero anunciar la creación, dentro de nuestra Unión, de una célula especial futuroológica, que, conforme con el espíritu de la época, trabajará, apoyándose en el método de las llamadas prognosis autorrealizables, sobre aquellas expediciones estelares de I. Tichy que él no emprendió, ni piensa emprender.

Profesor A. S. Tarantoga por los Institutos Reunidos de Tichología, Tichografía y Tichonómica Descriptiva, Comparativa y Prognóstica

Viajes de Ijon Tichy

Viaje séptimo

Cuando el lunes, día 2 de abril, estaba cruzando el espacio en las cercanías de Betelgeuse, un meteorito no mayor que una semilla de habichuela perforó el blindaje e hizo añicos el regulador de la dirección y una parte de los timones, lo que privó al cohete de la capacidad de maniobra. Me puse la escafandra, salí fuera e intenté reparar el dispositivo; sin embargo, pronto me convencí de que para atornillar el timón de reserva, que, previsor, llevaba conmigo, necesitaba la ayuda de otra persona. Los constructores proyectaron el cohete con tan poco tino, que alguien tenía que sostener con una llave la cabeza del tornillo, mientras otro apretaba la tuerca. Al principio, no me lo tomé demasiado en serio y perdí varias horas en vanos intentos por aguantar una de las dos llaves con los pies y, con la otra mano, apretar el tornillo del otro lado. Se me pasó la hora de la comida, pero mis esfuerzos no dieron resultado. Cuando ya, casi casi, estaba

logrando mi propósito, la llave se me escapó de debajo del pie y voló por el espacio cósmico. Así pues, no solamente no arreglé nada, sino que perdí una herramienta valiosa, que se alejaba ante mi vista y se iba achicando sobre el fondo de estrellas.

Un tiempo después, la llave volvió siguiendo una elipse alargada, pero, aun convertida en un satélite de mi cohete, no se le acercaba lo bastante como para que yo pudiera recuperarla. Regresé, pues, al interior de mi cohete y me dispuse a tomar una cena frugal, reflexionando sobre los medios de resolver esa situación absurda. Mientras tanto, la nave volaba a velocidad creciente que no podía regular por culpa de aquel maldito meteorito. A pesar de que en la línea de mi travesía no se encontraba ningún cuerpo celeste, había que poner fin a ese viaje a ciegas. Dominé durante un buen rato mi nerviosismo, pero, cuando al empezar a lavar los platos constaté que la pila atómica, sobrecalentada por el gran trabajo que debía realizar, me había estropeado el mejor trozo de filete de ternera que había guardado en la nevera para el domingo, perdí los estribos y, profiriendo las más terribles palabrotas, estrellé contra el suelo una parte del servicio de mesa. Reconozco que mi acto no fue muy sensato, pero me alivió mucho. Por si fuera poco, la ternera que había tirado por la borda no quería alejarse del cohete y daba vueltas alrededor de él, convertida en su segundo satélite artificial, con lo que provocaba regularmente, cada once minutos y cuatro segundos, un corto eclipse solar. Para calmar mis nervios, me dediqué a calcular los elementos de su movimiento y las perturbaciones de la órbita provocadas por las interferencias de la

de la llave perdida. El resultado obtenido al cabo de varias horas de trabajo me reveló que, durante los próximos seis millones de años, la ternera precedería a la llave circundando el cohete por una órbita circular, para después adelantarse a la nave. Al fin, ya cansado, me acosté. A media noche tuve la sensación de que alguien me sacudía el hombro. Abrí los ojos y vi a un hombre inclinado sobre mi cama. Su cara no me resultó desconocida, pero no tenía ni idea de quién era.

–Levántate –dijo– y coge las llaves; vamos arriba para atornillar el timón...

–En primer lugar, no nos conocemos tanto como para que me tutee –repliqué–, y además, sé que usted no es de aquí. Éste es ya el segundo año que voy solo en el cohete, ya que estoy volando desde la Tierra a la constelación de Aries. Por lo tanto, no es usted más que un personaje de mi sueño.

Pero él seguía sacudiéndome e insistiendo en que fuera a buscar las herramientas.

–Tonterías –le espeté, empezando a enfadarme, porque temía que este altercado me despertara y sé por experiencia cuánto cuesta volver a dormirse después de un despertar de esta clase–. No pienso ir a ninguna parte, porque de nada serviría. Un tornillo apretado en sueños no resuelve una situación que existe cuando uno está despierto. Haga el favor de no molestarme y de esfumarse o marcharse del modo que usted prefiera. Si no, puedo despertarme.

–¡Pero si no estás durmiendo, palabra de honor! –exclamó la testaruda aparición–. ¿No me reconoces? ¡Mira aquí!

Me indicó con un dedo dos verrugas del tamaño de una fresa silvestre que tenía en la mejilla izquierda. Por reflejo, puse la mano en mi cara, porque yo justamente tengo en ese sitio dos verrugas idénticas a las suyas. En ese mismo momento, me di cuenta de por qué el personaje del sueño me recordaba a alguien conocido: se parecía a mí como se parecen dos gotas de agua.

—¡Déjame! —voceé cerrando los ojos para continuar mi sueño—. Si eres yo, no tengo por qué tratarte de usted, pero al mismo tiempo es la mejor prueba de que no existes.

Me di la vuelta en la cama y me tapé la cabeza con la manta. Oí que decía algo acerca de idiotas e idioteces, hasta que, exasperado por mi falta de reacción, gritó:

—¡Lo lamentarás, imbécil! ¡Y te convencerás, demasiado tarde, de que no era ningún sueño!

No me moví. Por la mañana, cuando abrí los ojos, me acordé enseguida de la extraña historia nocturna. Me senté en la cama y me puse a pensar en las curiosas bromas que gasta a un hombre su propia mente: he aquí que, no teniendo a bordo ninguna alma gemela, me desdoblé en cierto modo en sueños ante la necesidad urgente de solucionar un problema importante.

Constaté, después de desayunar, que el cohete había experimentado durante la noche un aumento de velocidad considerable; empecé, pues, a hojear los tomos de la pequeña biblioteca de a bordo, buscando en los manuales un consejo para mi peligrosa situación. Sin embargo, no encontré nada. Desplegué entonces sobre la mesa un mapa de estrellas y, a la luz de la cercana Betelgeuse, velada a ratos por la ternera que volvía sobre su órbita,

busqué en la región en la que me encontraba la sede de alguna civilización cósmica que pudiera prestarme ayuda. Sin embargo, era un desierto estelar completo, que todas las naves evitaban por ser una zona excepcionalmente peligrosa, puesto que se encontraban en ella unos remolinos de gravitación, tan enigmáticos como amenazadores, en la cantidad de 147, cuya existencia tratan de aclarar seis teorías astrofísicas, cada una de modo diferente.

El calendario cosmonáutico advertía a los viajeros sobre las consecuencias imprevisibles de los efectos relativísticos que pueden sufrir al paso por un remolino, sobre todo si la nave circula a una gran velocidad.

A mí, estas advertencias no me servían, ya que no tenía control sobre mi nave. Calculé solamente que chocaría con el borde del primer remolino a eso de las once, así que me di prisa en la preparación del desayuno, para no tener que enfrentarme en ayunas con el peligro. Estaba secando el último plato cuando el cohete empezó a dar tumbos y sacudidas tan fuertes que los objetos volaban de una pared a otra. Me arrastré a duras penas hasta la butaca, a la cual logré atarme. Mientras las sacudidas se hacían cada vez más fuertes, vislumbré al lado opuesto del habitáculo una especie de neblina lila y, en medio de ella, entre la pica y la cocina, una confusa silueta humana con delantal vertiendo huevos batidos en la sartén. La aparición me miró con atención, pero sin ninguna muestra de asombro, y luego se desdibujó y desapareció. Me froté los ojos. Como mi soledad era un hecho irrefutable, atribuí aquella imagen a un aturdimiento momentáneo.

Sentado en mi butaca o, mejor dicho, saltando con ella, comprendí en un momento de lucidez que no fue una alucinación. Justo entonces pasaba cerca de mí un grueso volumen de la teoría general de la relatividad. Intenté atraparlo al vuelo y lo conseguí al cuarto intento. No era nada fácil hojear el pesado libro en aquellas condiciones –las fuerzas que hacían dar tumbos de borracho a la nave eran terribles–, pero encontré por fin el párrafo que me interesaba. Se hablaba en él de los fenómenos del llamado «lazo temporal», o sea, la inflexión de la dirección del fluir del tiempo dentro del área de los campos gravitatorios de tremenda fuerza, que pueden provocar incluso un cambio de la dirección tan radical que ocurre lo que se llama «duplicación del presente». El remolino que acababa de atravesar no era de los más potentes. Sabía que, si pudiera desviar un poquito la proa de la nave hacia el polo de la galaxia, cortaría el llamado *Vórtex Gravitatiosus Pinckenbachii*, donde fueron observados repetidas veces los fenómenos de la duplicación y hasta triplicación del presente.

Me acerqué a la cámara de los motores y, a pesar de la inmovilización de mis timones, manipulé tan insistentemente los aparatos que conseguí una ligera desviación de mi trayectoria hacia el polo galáctico, operación que exigió varias horas de trabajo. Su resultado superó mis previsiones. La nave alcanzó el centro del remolino a medianoche, temblando y gimiendo toda la estructura, hasta tal punto que temí por mi integridad, pero salió indemne de la prueba. Cuando nos rodeó de nuevo la paz cósmica habitual, abandoné la cámara de los motores, para verme a mí mismo en la cama, sumido en un profundo sue-

ño. Comprendí al instante que era el yo del día anterior, o sea, de la noche del lunes. Sin reflexionar el lado filosófico de aquel fenómeno más bien fuera de serie, me puse a sacudir por el hombro al dormido, gritándole que se levantara enseguida, ya que sabía cuánto tiempo duraría su existencia del lunes en la mía del martes. El arreglo de los timones era urgente y había que aprovechar la existencia simultánea de ambos, sin pérdida de tiempo.

Sin embargo, el dormido abrió solamente un ojo y dijo que no deseaba que le tuteara, y que yo no era más que una fantasmagoría del sueño. En vano le di tirones y más tirones, en vano traté de levantarlo por la fuerza. Se resistía a todos mis intentos, repitiendo tercamente que estaba soñando conmigo. Impasible ante mis juramentos y palabrotas, me explicó con mucha lógica que unos tornillos apretados en sueños no aguantarían el timón durante la vigilia. Ni bajo mi palabra de honor pude convencerle de que se equivocaba; mis súplicas e insultos le dejaron impávido, igual que la demostración de mis verrugas. No quiso creerme y no me creyó. Se dio media vuelta en la cama y se puso a roncar.

Me senté en la butaca para aquilatar con calma la situación. La estaba viviendo por segunda vez: la primera, el lunes, fui yo quien dormía, y ahora, el martes, el que despertaba sin resultado al dormido. El yo del lunes no creía en la realidad del fenómeno de la duplicación, pero el yo del martes ya lo conocía. Era lo más simple del mundo, un lazo temporal. ¿Qué se debía hacer, pues, para reparar los timones? Puesto que el del lunes seguía durmiendo y que yo recordaba que no me había despertado aquella noche hasta la mañana siguiente, compren-

dí que no valía la pena continuar mis esfuerzos de sacarle del sueño. Según el mapa, nos esperaban todavía grandes remolinos gravitatorios, así que podía contar con otra duplicación del presente en el transcurso de los próximos días. Quise escribirme una carta a mí mismo y prenderla con un alfiler a la almohada, para que el yo del lunes, al despertarse, pudiera convencerse de manera palpable de que el supuesto sueño era una realidad.

Sin embargo, cuando me hube sentado a la mesa con una pluma en la mano, oí un ruido sospechoso en los motores; me fui, pues, allá y regué con agua la pila atómica sobrecalentada, hasta el alba, mientras el yo del lunes dormía profundamente, lamiéndose los labios de vez en cuando, lo que me ponía bastante nervioso. Sin haber pegado ojo, hambriento y cansado, me preparé el desayuno; estaba secando los platos cuando el cohete irrumpió en un nuevo remolino gravitatorio. Veía mi yo del lunes mirándome estupefacto, atado a la butaca, mientras el yo del martes freía una tortilla. Una sacudida muy fuerte me hizo perder el equilibrio, me caí y perdí un instante el conocimiento. Cuando volví en mí, en el suelo, rodeado de trozos de porcelana, vi junto a mi cara los pies de un hombre.

–Arriba –dijo, ayudándome a levantarme–. ¿Te has hecho daño?

–No –contesté, apoyando las manos en el suelo, porque la cabeza me daba vueltas–. ¿De qué día de la semana eres?

–Del miércoles –repuso–. Vamos rápidamente a arreglar el timón; no perdamos tiempo.

–¿Y dónde está el del lunes? –pregunté.

–Ya no está, o tal vez lo seas tú.

—¿Por qué yo?

—Sí, porque el del lunes se convirtió en el del martes durante la noche del lunes al martes, etcétera.

—¡No entiendo!

—No importa; es falta de costumbre. ¡Ven, date prisa!

—Ya voy —dije, sin moverme del suelo—. Hoy es martes. Si tú eres del miércoles y el miércoles los timones no están arreglados, sabemos, por deducción, que algo nos impedirá la reparación, ya que, en el caso contrario, tú, el del miércoles, no me apremiarías para que los arreglara contigo el martes. Tal vez fuera mejor, pues, no arriesgar la salida afuera.

—¡Estás divagando! —exclamó—. Piensa un poco, hombre. Yo soy del miércoles y tú eres del martes; en cuanto al cohete, supongo que es, si se puede decir así, abigarrado. Tendrá sitios donde es martes, en otros será miércoles e incluso puede haber un poco de jueves. El tiempo se mezcló como cartas de una baraja al atravesar aquellos remolinos, ¿pero qué nos importa si somos dos y, gracias a ello, tenemos la posibilidad de reparar el timón?

—¡No, no tienes razón! —contesté—. Si el miércoles, en el cual tú estás, habiendo vivido y dejado atrás todo el martes, si el miércoles, repito, los timones no están reparados, quiere decir que no lo fueron el martes, ya que ahora es martes, y, si tuviéramos que arreglarlos dentro de un rato, entonces este rato sería para ti el pasado y no habría nada por arreglar. Por ende...

—¡Por ende eres cabezota como un asno! —gruñó—. ¡Lamentarás tu estulticia! La única satisfacción que tengo es que rabiarás contra tu terquedad obtusa, como yo ahora, cuando llegues al miércoles.